

## LA PALABRA Y EL PODER: CONTRADICCIONES DE LA PALABRA SOMETIDA EN *OFICIO DE DIFUNTOS*, DE ARTURO USLAR PIETRI\*

*Carlos Pacheco*

*De la explicación  
a la aceptación  
no hay sino un paso.*

Arturo Uslar Pietri.

La palabra y el poder, el intelectual y el dictador, el saber y la fuerza, han sido los polos de una dialéctica permanente tanto en la historia como en la literatura hispanoamericanas<sup>1</sup>. La presencia de dictadores y caudillos como elementos constantes en la evolución de nuestras naciones es un hecho sobradamente reconocido. La figuración del intelectual en este proceso no es menos frecuente, ni menos notable.

Desde muy pronto en nuestra vida política independiente, el escritor, el hombre de letras, asume un papel activo y relevante en el desenvolvimiento de los asuntos públicos. Caso patente de esta temprana participación es el de esa especie de frente político-intelectual integrado por los escritores "unitarios" argentinos (Echevarría, Sarmiento, Mármol, Alberdi) contra la dictadura de Rosas.

La realidad social y política del continente pareciera exigir esa toma de posición. Y así vemos a los poetas, ensayistas y narradores ubicándose con sus

\* Este trabajo se basa en una ponencia leída en el II Congreso de Escritores Venezolanos, realizado en Caracas entre el 21 y el 24 de mayo de 1981. Forma parte de las investigaciones en torno a la narrativa de la dictadura venezolana e Hispanoamérica que realizó para la Universidad Simón Bolívar y para el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", respectivamente.

1. Esta bipolaridad ha servido de base a diversos comentarios y enfoques críticos. Véase, por ejemplo: Roberto González Echevarría: "The dictatorship of rhetoric/the rhetoric of dictatorship: Carpentier, García Márquez and Roa Bastos". *Latin American Research Review*, vol 15, n° 3 1980, pp. 205-228. Angel Rama: *Los dictadores latinoamericanos*, F.C.E. México. 1976, p. 23. Saul Yurkievich: "Palabra y poder en América Latina". *Vuelta* (México), vol 2, n° 23, Octubre de 1978, pp. 49-50.

textos en algún lugar del compás ideológico, desde la extrema rebeldía, la oposición acérrima y desafiante al régimen tiránico, hasta la alabanza pindárica, la defensa y la justificación teórica apasionada del gobierno autocrático<sup>2</sup>.

De esta forma, encontramos a Heriberto Frías poniendo su cabeza en la piqueta al denunciar la matanza de los indígenas de Tomochic por parte de las tropas de Porfirio Díaz<sup>3</sup>; a Darío y a Chocano entonando loas a Estrada Cabrera y a sus familiares<sup>4</sup>; a Juan Montalvo ufanándose de haber eliminado a García Moreno con sus encendidas diatribas<sup>5</sup>.

En Venezuela, podemos contraponer las figuras de Laureano Vallenilla Lanz, manipulando las tesis positivistas para construir una justificación sociológica de Juan Vicente Gómez como "gendarme necesario"<sup>6</sup> y a Rufino Blanco Fombona, poniendo en práctica en decenas de novelas, panfletos, prólogos y cartas esa metáfora tan cara a los hombres de su generación, que habla de aguzar y blandir la pluma contra el despotismo y la autocracia.

La palabra se empuña así —y se aprecia— como un poderoso instrumento en la lucha por la instauración y fortalecimiento o por el derrocamiento de los monopolios del poder dictatorial. Así ha sido desde los caudillos semianalfabetos que requerían de los servicios de algún "doctor" para la redacción de sus pronunciamientos y proclamas. Así sigue siendo hoy en día, cuando periodistas, intelectuales y escritores son blanco predilecto de la persecución, la tortura, el exilio o la "desaparición" en las modernas dictaduras institucionales de Argentina, Chile, Uruguay y otros países latinoamericanos. Para los regímenes tiránicos, la neutralización, el control y la utilización de ese recurso estratégico de primer orden que es la palabra son fundamentales, puesto que de ellos depende en gran medida la conformación de una opinión pública nacional y una imagen internacional del régimen.

2. La manifestación de esta doble alternativa produce entonces un doble sistema de discursos, según Domingo Miliani: el *sistema magnificador*, que exalta al sujeto del poder dictatorial, negando su calidad de dictador (ejemplo: discurso retórico en homenaje al gobernante); y el *sistema denostador*, que denuncia y combate al tirano (ejemplo: caricatura o chiste político que lo ridiculizan). Véase: "El dictador. objeto narrativo en *Yo el Supremo*". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año 2. n° 4. Segundo semestre de 1976. pp. 103-119.
3. Heriberto Frías: ¡*Tomochic! Episodios de campaña*. Publicado por entregas en *El Demócrata* (México) entre el 14 de marzo y el 14 de abril de 1893. Edición definitiva —corregida y aumentada— en Mazatlán. Casa de Valdés y Cía. 1906.
4. Véanse los textos citados por Rafael Arévalo Martínez: ¡*Ecce Pericles!* (EDUCA, San José de Costa Rica. 1971. 2 vols. 1ª edición: Guatemala. 1945), su conocida biografía de Manuel Estrada Cabrera. pp. 94, 96 y 97 del vol I.
5. Véase el prólogo de Benjamín Carrión a su antología de la prosa de Montalvo titulada *El pensamiento vivo de Juan Montalvo* (Buenos Aires. Editorial Losada. 1961 pp. 7-36).
6. Véase especialmente el ensayo titulado "El gendarme necesario", en *Cesarismo Democrático*. Caracas. Tipografía Garrido. 1961. 1ª edición: 1919.

Ese conflicto permanente y multiforme entre el hombre del saber y la palabra y el hombre del poder y la acción se hace también presente, por supuesto, en la ficción literaria. Sólo por mencionar algunos casos, señalemos a **Doña Bárbara**, en cuyos protagonistas Gallegos gesta una nueva encarnación del conflicto sarmentino entre Civilización y Barbarie; a **El Señor Presidente**, donde Miguel Cara de Angel, hombre culto al servicio del régimen, pierde el favoritismo del dictador al convertirse, por obra del amor, a las fuerzas del Bien y es consecuentemente castigado; a **Yo el Supremo**, de Augusto Roa Bastos, donde la conciencia crítica y angustiada de un YO que escribe y la onnipotencia de un EL que actúa y manda conviven en la compleja personalidad del protagonista.

Pero tal vez sea **Oficio de difuntos**, de Arturo Usler-Pietri<sup>7</sup>, la novela donde los conflictos y relaciones del intelectual y el dictador juegan un papel más medular<sup>8</sup>. En esta obra, la pareja dialéctica de que nos hemos estado ocupando toma cuerpo en sus personajes protagonistas: el dictador Peláez y el intelectual Solana.

Nos proponemos en este trabajo dilucidar cuál es el manejo concreto que hace Usler-Pietri en su novela de esta bipolaridad saber/poder que hemos observado como constante en la evolución histórica y en el discurso narrativo hispanoamericano, y cuál es la perspectiva ideológica que de allí se desprende. En otras palabras: La descripción de la especificidad de la relación entre estos dos personajes y de su función en la estructura narrativa de la novela nos permitirá definir el carácter de los rasgos valorativos de las imágenes del dictador y del intelectual propuestas por la obra y, por este camino, llegar a la formulación de su proyecto estético-ideológico y de su significación en el contexto de los años setenta en Venezuela, tiempo y espacio de su escritura y publicación.

# 1.

Comencemos por una descripción general de la novela y un rastreo de la evolución de las relaciones entre Peláez y Solana.

La gran mayoría de los treinta y dos capítulos sin título ni número que comprende la novela está dedicada a narrar la peripecia biográfica del General Aparicio Peláez, desde su origen campesino de hacendado de la frontera, hasta su muerte natural después de muchos años de ejercicio del poder sobre una

7. Barcelona, Editorial Seix Barral. Diciembre de 1976. Todas las citas ulteriores de la novela corresponden a esta primera edición.

8. A este respecto dice Pedro Trigo: "Nuevamente —como tantas otras veces en la historia de la literatura latinoamericana— el intelectual y el dictador, como los dos polos de un mismo sistema. El hombre de la palabra y el hombre del poder. Para alabarlos o para maldecirlos, de todos modos las palabras del intelectual siempre acaban nombrando al amo. Palabra mágica para cazar la presa, palabra que sorprende el nombre del enemigo y así lo desarma de su secreto, lo posee y lo suplanta. O la palabra como espejito mágico que multiplica por doquier el retrato que el tirano soñó para sí y de este modo acaba por aislarlo de la realidad". "*Oficio de difuntos*". Revista *SIC* (Caracas) n° 396. Junio de 1977. p. 272.

innominada república hispanoamericana<sup>9</sup>. Esta primera línea de la acción narrativa está entretejida con el conflicto personal del padre Alberto Solana, un sacerdote y poeta bohemio y enamorado, que después de haber sufrido cárcel por su ambigua participación en una revolución abortada, se desempeña como capellán militar al inmediato servicio de Peláez.

La relación entre estas dos principales líneas de acción, la historia de Peláez y la historia de Solana, constituye el meollo de la trama novelesca. El presente narrativo se sitúa en el momento inmediatamente posterior a la muerte del gobernante<sup>10</sup>. Este acontecimiento —temido por sus inmediatos colaboradores, pero ansiado por un pueblo largamente oprimido— sume a Solana en una gran angustia, puesto que es encargado de pronunciar la oración fúnebre, el elogio póstumo, que sabe extremadamente comprometedor, ya que “no era posible decir nada sin comprometerse y dañarse irreparablemente” (p. 21).

Desde esta situación narrativa básica, a la que alude el título mismo de la obra, los recuerdos del angustiado clérigo nos conducen tanto al recuento de la vida de Peláez, como al de su propia y conflictiva existencia<sup>11</sup>.

9. Como veremos más tarde, la alusión referencial a Venezuela y al período de la dictadura de Gómez resulta obvia para cualquier somero conocedor del proceso histórico venezolano. No resulta tan claro para lectores de otras latitudes, que pueden no percibir, por detrás de los nombres ficticios y del pretendido desdibujamiento espacio-temporal, la continua y detallada referencia a personajes y sucesos venezolanos, y tienden —por tanto— a darle un valor puramente ficcional. Oscar Somoza, por ejemplo (“*Oficio de difuntos*”: *Explicación de textos literarios* (California) VII, 2. 1978-1979. pp. 217-218) apunta: “La asociación (referencial) con Latinoamérica es clara y, aunque no hay una sola mención de Venezuela, *intuimos* que este país toma un papel importante en la configuración de los sucesos (...)”. (p. 217. El subrayado es mío). Por su parte, Aída Cometta Manzoni (“El dictador en la narrativa latinoamericana”. *Revista Nacional de Cultura* (Caracas). n.º 234. Enero-febrero, 1978. pp. 89-111) se atreve a afirmar, precisamente en una revista venezolana, que, entre los personajes dictatoriales de la reciente narrativa hispanoamericana, “... el más novelesco (; ficcional?) es el de Arturo Uslar-Pietri, porque el personaje resulta, sin duda, *fruto exclusivo de la imaginación del autor*.” (p. 109. El subrayado es mío).
10. Es interesante el señalamiento que hace Bernardo Fouqués acerca de la curiosa coincidencia de varias importantes novelas del dictador en tomar la muerte y el más-allá-de-la-muerte del tirano como centro de la acción narrativa. Véase “La autopsia del poder según Roa Bastos, Carpentier y García Márquez”. *Cuadernos Americanos*. vol. 222. n.º 1. Enero-febrero de 1979. pp. 83-111.
11. En efecto, utilizando el recurso del ‘raconto’, el narrador retrocede hasta la juventud de Peláez y, con excepción de algunos saltos al presente narrativo de Solana, va relatando linealmente la vida del General: la participación en un fallido levantamiento; el exilio en el vecino país; la victoriosa campaña como primer oficial de Carmelo Prato, que lo lleva a la Vicepresidencia del gobierno; el tortuoso enfrentamiento con los oportunistas que intentan distanciarlo de Prato; el gradual aniquilamiento, en sucesivas campañas, de los “caudillos históricos”; el asalto y afianzamiento en el poder supremo durante la ausencia de Prato; y la permanencia y el usufructo de este poder omnímodo hasta su muerte, a fuerza de astucia y mano dura y gracias a los beneficios económicos de la naciente industria petrolera, oponiéndose a numerosas insurrecciones, levantamientos e invasiones de viejos caudillos y jóvenes estudiantes.

El primer Solana que encontramos en la novela es un escéptico. Recuerda las luchas estudiantiles como cosa del pasado y, aplicando el determinismo de moda en la época, piensa que el país “... está enfermo y maldito. Lo que da es mala hierba. Los hombres buenos están condenados a fracasar, son los bellacos los que triunfan.” (p. 85). Ante la inminente y victoriosa entrada a la capital del General Prato (quien viene secundado por Peláez) y contestando la suposición de uno de sus contortulios de que “A lo mejor este hombre es el que por fin impone el gobierno de las leyes (. . .)” (p. 87), exclama airado:

‘El gobierno de las leyes. El gobierno de las leyes. Pendejos. El gobierno del machete, Eso es lo que hemos tenido y lo que vamos a tener.’ (id).

En este momento de su vida, su visión se va haciendo crítica, aunque esa inconformidad no llegue a tener una proyección real en la praxis política. Esta posición es particularmente clara en el “homenaje de los intelectuales al nuevo jefe de gobierno” (Prato)<sup>12</sup>. Allí se distingue de los alabanciosos que ya rodean a Prato declamando versos y discursos<sup>13</sup>, porque sabe muy bien que detrás de los alzados oropeles de sus compañeros y de las proclamas del caudillo<sup>14</sup>, no hay más que los intereses mezquinos de cada uno.

‘Esto se ha dicho muchas veces —dice. Silva que es historiador debe saberlo. Se dijo el 92, el 88, el 63. ¿Cuántas veces, Dios mío?’ (p.100)

En ese mismo banquete tiene lugar su primer encuentro con Peláez; encuentro que resulta equívoco, dificultoso, como preanunciando futuros enfrentamientos. También a profecía suenan las palabras que —medio en broma, medio en serio— dice Solana a su íntimo Romerito al salir del salón:

‘Llévame de esta abominación, Romerito. Vámonos a conspirar.’ (p. 101).

Esta conciencia crítica, sin embargo, sólo se hará activa años después, cuando ya Prato ha sido desplazado del poder por Peláez, mientras aquel se encontraba en Europa. A Elodia, la muchacha que ama e idealiza en sus poemas, es a quien revela entonces Solana los secretos de la conjura en la que está envuelto junto con numerosos descontentos y arribistas, aunque las motivaciones del clérigo parecen ser sinceras<sup>15</sup>.

12. Véase pp. 67 - 101.

13. “Un poeta recitaba en voz alta ante Prato:

Llegáis, señor, en alas de la gloria,  
paladín de la paz y la victoria. . .” (p. 98).

“El Doctor Silva se puso en pie para decir el discurso de orden:

‘Los intelectuales de mi patria traen este homenaje de esperanza al hombre que hoy encarna, con indiscutible derecho, la mejor esperanza (. . .) Un nuevo tiempo ha comenzado para la humanidad y nuestra patria se incorpora a ese nuevo tiempo’ ” (p. 99).

14. Las mismas palabras de Prato, caudillo ilustrado, en este banquete, pueden ilustrar este aspecto: “Mi gobierno es el de la restauración del liberalismo más puro (. . .) La hora de los fusiles ha concluido y llega la hora de las ideas. Mis brazos están tendidos a todos los hombres de pensamiento.” (p.99).

15. “. . . ahora sí va a cambiar todo —le dice. Tu destino, mi destino, el del país (. . .)

Pero la conspiración es traicionada y los que no logran exiliarse, caen presos. Entre ellos está Solana, cuya participación real en la intriga, sin embargo, no llega a quedar aclarada.

Si en el homenaje de los intelectuales a Prato hemos visto al cura rodeado de los doctores que se apresuraban a versificar la gloria del caudillo triunfante, en la cárcel lo vamos a ver ahora en diálogo con Sormujo, un intelectual consecuen- te que critica con dureza a sus colegas vendidos a la farsa y a la adulación:

‘Aquí lo único que se puede escribir es un libro lleno de mierda para estrujárselo en la cara a tanto sinvergüenza, tanto cabrón romántico, tanto pelafustan exquisito, tanto honorable ladrón, tanto espía humanista. Aquí todo el mundo está en venta. (. . .) ¿Ha visto usted, Solana, adónde han ido a parar Arcos, Julián Silva y el poeta Santana? A buscar teorías sociológicas para explicar que es una gran virtud que el machete corte y que el ladrón robe. Ahora no es un déspota el que se nos encarama por la fuerza, sino una doctrina filosófica, para decirnos que porque Taine y Spencer y algunos profesores europeos, que nunca han visto un par de grillos, han escrito unos libros, a nosotros no nos corresponde otra cosa que lamerle las botas al jayán de Peláez. ¿Usted ha visto semejante vaina?’ (pp. 183-184).

A la larga, como veremos, Solana se acercará por momentos a esa misma teo- rización justificadora tan fustigada por su compañero de celda. Por lo pronto, el castigo de la cárcel parece resultar muy efectivo. El hombre del poder se ha im- puesto. Desde ahora, la visión crítica, la disconformidad y la rebeldía del sacer- dote-poeta quedará sólo para ser rumiada en el silencio de su conciencia, gestan- do así una continua y angustiada lucha interior.

Elodia consigue que Solana sea liberado, pero a un alto precio. Esta misma gestión ante Peláez la hace caer gradual, fatalmente, en las manos del tirano<sup>16</sup>. El proceso seguido por la muchacha no deja de ser interesante (y hasta simbóli- co podría pensarse): de ser enamorada de la poesía de Solana<sup>17</sup>, pasa a ser se- ducida por el poder omnímodo de Peláez. Ante los reproches de su madre, des- pués de la entrevista donde han obtenido la libertad del cura,

Elodia reía sin contestar. ‘No es tan antipático, ni tan odioso como di- cen.’ Luego añadió: ‘Y te fijaste. *Poder* decir ‘esta misma tarde doy la orden’, *poder* mandar así, mamá. A todo el mundo.’ (p. 203. El subra- yado es mío).

---

Cuatro años le han bastado (a Peláez) para tejer su telaraña y asegurar su predominio absoluto (. . .) Si no lo hacemos pronto, ya ese hombre lo tiene todo para convertirse en un tirano espantoso.” (pp. 169-171).

16. No deja de ser interesante la relación argumental en este aspecto con *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona (en: *Obras selectas*. Madrid. EDIME. 1958. pp. 727-985).
17. “Más que en el amor del hombre extraño, la muchacha había ido cayendo en la fascina- ción de aquel duermevera de poesía, sentimentalidad y erotismo.” (p. 168).

Frente al acoso progresivo que pone a la muchacha al arbitrio de Peláez, Solana nada puede. También en este campo es derrotado. Su palabra es impotente y ya sólo puede quejarse y someterse:

‘Sulamita, le escribe, estás amenazada por los filisteos. Yo tiemblo por mi reina. *No soy David para enfrentarme a ese Goliath implacable. Soy un pobre poeta maldito que llora por la más bella flor de su jardín acechada por la bestia.* Miro en torno mío y todo es abominación.’ (p. 206. El subrayado es mío).

Como antes, en el homenaje a Prato, Solana siente la abominación del poder y la fuerza contra los que su palabra está inerme. No sólo Elodia, también él resulta absorbido por “la bestia”. Cuando la muchacha se ha mudado a Tacarigua (sede rural del dictador) y se ha convertido en Misia Elodia, consigue para el cura un nombramiento de capellán de la Presidencia y lo convence de aceptarlo.

En su primera entrevista con el General —al igual que en el primer encuentro— Solana vacila, no sabe qué decir, queda anonadado ante el hombre del poder. Desde entonces será el encargado de exaltar al régimen y al detentador supremo del poder con resonantes sermones y discursos, donde imprime a la obra del gobernante el sello de la providencia:

‘Es Dios quien hace a los guerreros —proclama. El Dios de los ejércitos y las batallas arma a los varones insignes para que cumplan sus designios inexcrutables.’ (p. 244).

Aunque aparentemente el sometimiento de Solana había resuelto el conflicto, este crecía ahora internamente, haciendo que Solana sintiera vergüenza, quisiera esconderse y pasar desapercibido, huir de los demás y de sí mismo<sup>18</sup>, precisamente porque ahora sabe mejor que nunca que “el poder es también miedo y muerte” (p. 204).

En esta posición, Solana alternará entre la encendida defensa y justificación de su conducta, puesto que no se siente peor que los exiliados, sus antiguos compañeros de rebeldía que ahora han regresado y lo desairan<sup>19</sup>, y la humillación ante ellos, el público *mea culpa* a que lo fuerza su remordimiento<sup>20</sup>.

18. “Mientras sonaban las sillas movidas y se oían las voces de los que se marchaban, Solana se escabullía disimuladamente, como si no quisiera despertar por entero, y se marchaba por la calle desierta hacia la casa solitaria para seguir en la soledad rumiando imaginaciones.” (p. 234).
19. “Muchos de los liberados y de los regresados lo miraban con hostilidad y le habían hecho desaires (. . .) Cuando el alcohol de la taberna lo ponía divagante y confidencial, le decía a sus entorpecidos oyentes: ‘¿Qué me pueden echar en cara esos adalides, esas vestales de fandango? ¿Que no fui a la cárcel? Fui a la cárcel (. . .) Con ese Sormujo implacable que todos los días publica un panfleto. ¿Que no fui al destierro? ¿Acaso todos ellos no han vuelto? Pero el sinvergüenza soy yo. Yo sé que no soy un paradigma de virtudes, ni lo pretendo, pero tampoco soy un farsante.’ ” (p. 276).
20. En el almuerzo campestre donde se encuentra la mayoría de los “regresados”, se topa con Romerito, quien lo mira con dureza y reproche. “Solana (. . .) rompió a llorar y cayó de rodillas, abrazado a las piernas de Romero: ‘Perdóname Lisandro. Haces bien en despreciarme. Soy un vil. Soy un guiñapo humano. Todo lo he traicionado y vendido. Despréciame. escúpeme, dame patadas. No merezco otra cosa’ ”. (p. 278-279).

Como lo habían hecho los intelectuales tan criticados por Sormujo Solana se ve obligado a justificarse justificando al tirano a través del recurso a las ideas positivistas. Los caudillos, y entre ellos Peláez el primero, eran los “representantes del país”:

‘Yo sé que mucha gente me critica. No comprenden. (...) *Llega un momento en que uno no puede seguir ignorando la realidad del país. Este hombre (Peláez) es el representante de esa realidad.* (...) Si hubiéramos comprendido a tiempo lo que habían escrito Comte y Taine, qué de disparates y de revueltas inútiles le habríamos ahorrado al país.’ Evocaban entonces la larga série de los agitadores liberales, enfebrecidos, retumbantes, que habían escrito folletos y discursos incendiarios frente a los caudillos de turno. ‘No podían entender que aquellos hombres eran la representación del país.’ (p. 11. El subrayado es mío)

De esta manera se cierra el ciclo de los recuerdos y se retorna al dramático presente narrativo: Solana frente al papel en blanco donde debe escribir el elogio del dictador recién fallecido, mientras escucha el vocerío amenazador de la turba callejera<sup>21</sup>. No es la hora de los discursos rutilantes ni de las argumentaciones positivistas. Es la hora del miedo, de las dudas, de las justificaciones<sup>22</sup>, de la dificultad de escribir. Es también la hora de la humillación y la expiación simbólica. El fin no podía ser otro. A la muerte del hombre del poder, el hombre de la palabra sometida cae atropellado por la multitud.

## 2.

El dramático proceso de Solana, gradual, pero fatalmente atraído hacia su destino último de panegirista del dictador, es una muestra del carácter determinista, imperturbable, del poder autocrático. Nadie escapa a la voluntad de Peláez. Los que no se le someten, chocan contra él y son destruidos. Ese desnivel, esa desproporción entre las dos figuras resulta reflejada por la estructura narrativa.

La historia de Peláez, esa primera línea de acción narrativa, transcurre sin alteraciones, en una forma casi completamente lineal y cronológicamente sucesiva<sup>23</sup> desde el nacimiento en la hacienda de la frontera hasta la muerte en el poder. Se trata de un proceso continuo, ascendente hacia la consecución, el afianzamiento y el acrecentamiento cada vez mayor del poder político y económico. Peláez aparece así como un predestinado, que sabe a donde va y que cumple con su destino sin mayores conflictos internos. Y la estructuración lineal, ordenada y continua de su historia son a la vez consecuencia y manifestación de ese carácter.

La historia de Solana es muy diferente y la forma de ser narrada recoge esa diferencia. El es en sí mismo la encarnación de un múltiple conflicto: sacerdote

21. Véase pp. 323-324.

22. “Ahora le querían cobrar todo. Lo que hizo y lo que no hizo. Estaba indefenso, lanzado a las fieras del circo. // Pero no era él el responsable. ‘A mi me fueron a buscar. Contra mi voluntad. Yo no quería.’ Lo habían ido a buscar por los discursos.” (p. 343).

23. La excepción principal a esta ordenación está constituida por el capítulo segundo, que narra una etapa intermedia de la vida de Peláez.

célibe y enamorado ardiente, poeta místico y poeta erótico, asediado por los remordimientos, pero reincidente en la bohemia, las faldas y el vino. Su relación con el poder, como hemos visto, no es menos conflictiva: varía, es inconsecuente y contradictoria. Y así, a diferencia de la secuencia relativamente ordenada en que la historia de Peláez es contada, los aspectos de la vida de Solana van apareciendo incompletos, dispersos, fragmentados, sin orden cronológico ni continuidad lógica. El orden que pueda establecerse entre ellos, viene dado precisamente por la posibilidad de relacionarlos con la línea nítida del proceso del hombre del poder.

En efecto, si quisiéramos expresar en forma gráfica este contraste, podríamos representar la evolución de Peláez como una línea recta, firme, ascendente, autónoma y de trazo continuo. Mientras tanto, el proceso de Solana podría ser ilustrado como una serie de fragmentos sin otra relación ni dirección, que aquellos que le da la línea primera.

En pocas palabras y como una primera conclusión, el intelectual se muestra en definitiva como un ser inerte, desprotegido, a la merced del dictador predestinado y "representativo del país". Sólo su relación con el poder (sea esta de sumisión o de oposición) capaz de otorgarle un sentido, de darle una dirección y una identidad.

### 3.

Ahora bien, en la obra de Usler-Pietri el poder absoluto y su máximo detentador no sólo aparecen como un destino ineludible, como muestra el proceso de Solana, sino también como un destino positivo en definitiva favorable para el país.

A pesar del peso que tiene la figura de Solana en la construcción de la trama novelesca, a pesar de que el enfoque del narrador omnisciente se ve a menudo contaminado por la perspectiva del sacerdote, este enfoque se desplaza con mucha más frecuencia hacia el punto de vista narrativo (e ideológico) del General Peláez y sus acólitos. Desde este ángulo, toda su crueldad (o *severidad* —ya las palabras portan en sí mismas determinadas connotaciones ideológicas—) resulta explicada y hasta justificada de acuerdo al código ético y axiológico de los agentes contaminantes de la narración. El resultado del predominio de esta perspectiva sobre otras —críticas y cuestionadoras— que también asoman en la novela es la proyección de una imagen final positiva de Peláez y de su régimen. Ofrezcamos una muestra:

Todo tenía su tiempo y él sabía cuando era. Lo que se necesitaba era gente de trabajo y de orden. No tanto vago sin oficio, (...) tanto vivo, (...) tanto flojo. El quería que todos trabajaran. (...) El sol en el lomo y las manos en el surco. (...) Esos eran los hombres que se necesitaban. Mandaba a recoger a los vagos, a ponerlos presos, a sacarlos a trabajar. En las cuevas empinadas de las nuevas carreteras se veían las filas de detenidos vestidos a rayas rojas. '*Allí tengo a los colorados aprendiendo a ser hombres de trabajo.*' Sacaba a los regimientos de los

cuarteles (...) iban al campo a trabajar toda la jornada. *'Ahora no hay guerra. La guerra es contra la flojera.'* (...) Si todo el mundo estaba ocupado en algo no habría tiempo para pensar en vagabunderías. Nada que rompiera su orden era admisible. Ninguna alteración, ningún desvío. (...) Nada de vagos, nada de alborotadores, nada de faltas de respeto. Había metido a Alfonzo (su propio hijo) en la cárcel por raptar a una muchacha y no iba a consentir que nadie se llevara por la fuerza a una mujer. Eso era desorden y mal ejemplo. Ordenó que prendieran y casaran por la fuerza a todo el que se llevara a una menor. (...) // Había que poner orden. (...) *'Aquí va a andar todo el mundo derecho.'* (pp. 253-254. El subrayado es mío)

El tono predominante de un relato así contaminado es de admiración y respeto por el hombre del poder que aplica al gobierno del país su ingenua sabiduría campesina y su tradicional sistema de valores, que impone un orden rígido y exigente, pero necesario para enseñar a un pueblo de niños díscolos e irresponsables.

La inclusión de frases entrecomilladas (Cf. subrayados en la cita anterior) que expresan literalmente el pensamiento o la voz del gobernante, acentúa el efecto de la orientación del relato y nos hace sentir la firmeza, la seguridad y la convicción con que ejecuta, pone en acción, su manera de ver el mundo.

Peláez se destaca así en la novela como el hombre bragado que con su firmeza salva al país de ir a la guerra mundial (p. 231); el amante y defensor de la naturaleza que castiga a los depredadores porque "él sí sabía lo que valía un árbol y no los dejaría cortar" (p. 254); el padre que se conmueve ante la muerte de su hijo (p. 215); el enamorado tierno como un niño (p. 212); el hombre sencillo que, aunque no rechaza los atributos externos de la autoridad, los considera superfluos, porque basa su poder en hechos y logros reales (p. 91-92); el hombre capaz de crear una gran fortuna, pero no para sí, sino para su novia que es Venezuela (p. 310); el hombre —finalmente— aclamado por "el pueblo trabajador que (lo) aprecia" (p. 325).

Esta imagen nítidamente positiva del patriarca sano, recio y amigo del progreso resulta reforzada por las numerosas descripciones físicas y morales de "aquel hombre simple, primitivo, hecho de fuerza y de cautela, de dureza y de cazurrería" (p. 16); así como por el continuo y blanquinegro contraste con la figura en negativo de su antecesor en el poder, el general Carmelo Prato<sup>24</sup>.

Esta perspectiva se manifiesta también por supuesto, en el estrato del lenguaje. Aunque, un estudio minucioso de los niveles léxico y sintáctico de lenguaje en la novela desbordaría los presupuestos de este trabajo, creo necesario apuntar hacia uno de los aspectos relevantes en esta dimensión del análisis. Se trata de la selección léxica en la denominación del personaje dictatorial.

---

24. Véase, por ejemplo las pp. 23, 94 y 95.

En primer lugar, puede notarse la predilección por el gentilicio “Peláez”, la forma más común de nombrar al personaje y también la más neutra, la más exenta de calificación. Es la que usa predominantemente el narrador ficticio, aunque este también recurre en ocasiones a una tercera persona implícita (un *EL* omnipresente) que tiene ciertos efectos de magnificación<sup>25</sup>.

Junto a estas formas encontramos también un familiar “Aparicio” en boca de los parientes cercanos y un cariñoso “el/mi compadre” usado por el General Prato y Misia Rita, su esposa. Casi sin excepción, el resto de los súbditos (incluyendo a Solana en la mayoría de los casos) se vale de los títulos de poder militar y civil para nombrar y dirigirse a Peláez: “el/ mi general” (la más de las veces), “el jefe”, “el presidente” o “el caudillo”, entre otros. En algunas ocasiones, Solana, en un aparente deseo de no nombrarlo o no calificarlo, se refiere a él a través de deícticos como “este/ese/aquel hombre”.

En muy contadas oportunidades, los enemigos de Peláez y de su régimen (incluyendo, en un momento de su evolución, al propio Solana) se refieren al autócrata con epítetos denostadores, predominando entre ellos el de “tirano”<sup>26</sup>. Sin embargo, estas formas de designación de valor negativo son proporcionalmente insignificantes si se las compara con las de signo contrario. Por último a este respecto convendría destacar la virtual ausencia del apelativo “dictador”, que parecería el más indicado para el personaje. Es esta una ausencia sin duda significativa que, en relación con la selección léxica que acabamos de esbozar<sup>27</sup>, contribuye a apuntalar la construcción de Peláez como figura positiva del relato.

También en el aspecto temático se encuentran algunos silencios, algunos vacíos, que completan el diseño de esa imagen positiva del dictador. Me refiero a la ausencia absoluta o la relativa poca importancia otorgada a algunos aspectos negativos propios de las dictaduras de su tipo en la historia hispanoamericana y concretamente del régimen gomecista venezolano que, como veremos en seguida actúa como evidente correlato referencial de la novela. Entre estos aspectos pueden mencionarse: la ingerencia tutelar de los Estados Unidos, la crueldad de los esbirros en la represión y la tortura<sup>28</sup>, la corrupción administrativa,

---

25. Un ejemplo de esta práctica sería el inicio del capítulo XXI: “Le empezaron a traer fotografías borrosas y movidas (...)”. Se trata de un “le” que alude a una tercera persona supuestamente inconfundible o insustituible en el relato, aunque no haya sido nombrada inmediatamente antes, puesto que se trata del comienzo del capítulo.

26. Véase, por ejemplo, las pp. 281. 283 y 171.

27. Y también con la drástica distinción valorativa que, según veremos más adelante, realiza Uslar Pietri en varios ensayos y entrevistas entre los tipos o modelos histórico-sociales de *caudillo* y *dictador*.

28. Sólo se muestra esta práctica en el caso del presunto homicida del hermano del dictador (capítulo XXI).

especialmente en lo relativo al negociado de las concesiones petroleras<sup>29</sup>, la rebelión estudiantil<sup>30</sup>, las huelgas, las cárceles<sup>31</sup>, los trabajos forzados<sup>32</sup>, etc.

Todos estos elementos apuntan así a la formación de una imagen no sólo determinista y necesaria, sino favorable y positiva del hombre del poder, desproporcionadamente superior en todo sentido a su contraparte, el frágil e inconsecuente hombre del saber y la palabra.

#### 4.

Ahora bien, si deseamos desentrañar el significado de la obra en el contexto espacio-temporal de su escritura y publicación; es decir, la Venezuela de mediados de los años setenta, debemos en primer lugar trazar un puente entre los elementos de la historia ficcional y su evidente correlato en la historia socio-política venezolana: Juan Vicente Gómez (1957-1935) y su régimen (1908-1935).

Poco tiempo después de la aparición de la novela, el Padre Pedro Pablo Barnola publicó un artículo bastante crítico contra ella, al que anexaba una "Tabla para descifrar *Oficio de difuntos*"<sup>33</sup>. Allí se ofrecía la equivalencia de los más importantes personajes y escenarios del espacio novelesco con sus correspondientes figuras y lugares de la realidad histórica. Aparicio Peláez era Juan Vicente Gómez, Carmelo Prato era Cipriano Castro, La Boyera era La Mulera, y así sucesivamente. Sin caer en la concepción mecanicista que ve en la novela un reflejo especular de la realidad y reclama en consecuencia por cualquier "deformación" en este reflejo<sup>34</sup>, la doble columna de esta lista muestra lo que para un somero conocedor de la historia venezolana y del anecdotario gomecista resulta evidente desde los primeros capítulos: el hilo central de la novela, esa línea sólida y ascendente que es la vida de Aparicio Peláez, presenta una coincidencia casi minuciosa con los datos consabidos del proceso político venezolano y de la biografía del "Benemérito", concebida como eje de ese proceso, tal como ha sido establecida por numerosos autores —tanto en clave biográfico-histórica, como en clave ficcional— durante el último medio siglo.

Cabe preguntarse entonces, ¿qué sentido tiene ese laborioso cambio de los nombres reales de personas y lugares por otros que —por sonido o sentido— se

29. Más bien aparece limitando esta corrupción y negándole una de estas concesiones a un hijo suyo (capítulo XXI).

30. Reducida a lo anecdótico y al capítulo XXV.

31. Reducida prácticamente al capítulo XV.

32. Los que aparecen forzados a trabajar en las carreteras no son estudiantes o insurrectos, sino vagos y maleantes.

33. "Difunto sin oficio", *Resumen* (Caracas). vol. 15 n° 188. 12 de junio de 1977. pp. 44-51. La "tabla" puede verse en el apéndice de este trabajo. En el mismo número de la revista aparecen otros trabajos sobre *Oficio de difuntos*.

34. Tal es prácticamente el enfoque principal del trabajo de Barnola: echa en cara al novelista el haber deformado la historia biográfica del Padre Carlos Borges (correlato referencial del Padre Solana) hasta el punto de la calumnia.

les asemejen, junto a la casi completa elisión de fechas y otras referencias directas que identifiquen explícitamente la historia novelesca con la Venezuela de Juan Vicente Gómez?<sup>35</sup>.

El mismo Arturo Usler-Pietri ha explicado que lo hizo con la finalidad de poder "... trabajar la imagen psicológica del personaje. Al no estar atado de manera servil al dato histórico real, puedo moverme con más independencia en relación a él, no para adulterarlo, sino, por el contrario, para asinceralo (sic) más y para hacerlo más verosímil"<sup>36</sup>. Sin entrar a discutir los argumentos del autor, sus palabras hacen manifiesta la relación Peláez-Gómez, implícita en la novela.

En esa misma entrevista, el escritor caraqueño manifiesta que su objetivo con la novela fue lograr una cierta neutralidad (¿objetividad?) en la evaluación del personaje histórico:

Un juicio interpretativo sobre Gómez sería otra cosa. *Yo (...) no he emitido ningún juicio en la novela*. Lo que hay en la novela es una contraposición de puntos de vista: lo que podía pensar el caudillo de sí mismo, lo que pensaban quienes lo rodeaban y sus adversarios. Pero *en ningún momento me pronuncio sobre quién tiene la razón*. (El subrayado es mío).

Difícil me parece "no emitir juicio alguno", no pronunciarse en la novela. Más que difícil imposible. Una obra literaria —quíralo o no, sépalo o no su autor— es un enunciado no sólo estético, sino también ideológico. El esfuerzo por desdibujar las relaciones entre los personajes de ficción y sus respectivos referentes en la serie política, me parece no sólo injustificado, sino también inútil. A pesar de ese esfuerzo, la novela sigue siendo, de cierta manera "servil al dato histórico real", puesto que no altera, ni cuestiona la historia anecdótica consabida; mientras que, por otra parte —como toda obra literaria, más aún si es de tema político—, no deja de ser una toma de posición ideológica sobre la realidad.

35. Este método de ocultamiento o desdibujamiento de la relación con el referente histórico tiene un antecedente directo en *El hombre misterioso de Macarigua*, curiosa novela corta que con el seudónimo de Gil Mires, publicó Ramón David León en 1937. Sin embargo, como he señalado en un estudio acerca de esta obra tan poco conocida, "... a diferencia de *Oficio de difuntos* (...) el tono ligero y menor de esta obra sí justifica este procedimiento de charada o adivinanza de la realidad histórica referencial que soporta la obra literaria." ("Juan Vicente Gómez resurrecto". *El Nacional* (Caracas). 26 de febrero de 1981. p. C-22.

36. Entrevista realizada por Ernesto González Bermejo. *Papel Literario* de *El Nacional* 27 de marzo de 1977. p. 1. Estas razones no me parecen convincentes. Para trabajar ficcionalmente una figura histórica no hace falta cambiarle el nombre. Sobre todo si luego se sigue apegado a los datos anecdóticos tradicionalmente aceptados en torno a su persona. Varias novelas se han escrito antes y después de *Oficio de difuntos* que sin elidir o cambiar el nombre del dictador andino, lo recrean ficcionalmente, logrando resultados de mayor interés novelístico. Sólo por citar algún caso, remito a la novela *El gran capagatos* de Mario Perico Ramírez (Bogotá, Cosmos, 1979), donde se alcanza a proyectar una audaz perspectiva interior del personaje dictatorial. Nada menos puede decirse de las *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez* (Caracas. Centauro, 1979). Para una comparación entre estas dos obras, véase mi nota "Gómez toma la palabra" (*Argos* —Universidad Simón Bolívar. Caracas— n° 2 Julio de 1981).

Ni el cambio de nombres en la novela, ni las declaraciones del autor fuera de ella, invalidan, ocultan o neutralizan la propuesta significada por el texto novelasco. Según ella, el hombre del poder (que se le llame Gómez o Peláez, viene a ser indiferente) vendría impuesto por un determinismo social. Serían las condiciones concretas del país y de sus pobladores las responsables de esta dominación fatal, necesaria<sup>37</sup>. La palabra y, por supuesto, la acción del intelectual serían del todo ineficaces contra su omnipotencia. El imperio de su poder patriarcal de hombre recio y severo, pero bueno en definitiva, no podría haber sido (seguir siendo) más que positivo para el país. La existencia y la acción del intelectual sólo adquirirían un sentido y una dirección por su relación con el poder.

Esta propuesta, formulada en el texto narrativo, resulta por otra parte absolutamente coherente con la posición asumida insistentemente en diversas oportunidades por Uslar-Pietri al definir a Gómez (junto a otros "elegidos" como Rosas, Páez, Artigas, Don Porfirio, etc.) como *caudillo* y en deslindar este modelo o tipo histórico-social<sup>38</sup> del *tipo dictador*<sup>39</sup>. Al diferenciar ambos conceptos, el dictador es juzgado severamente como usurpador del poder y su ilegítimo usufructuario para mezquinos intereses personales y grupales. Como ejemplo de este *tipo*, cita a Manuel Estrada Cabrera y a Rafael Leonidas Trujillo. En contraste, el caudillo resulta virtualmente absuelto y justificado como "la fórmula política directa y representativa"<sup>40</sup> que emana espontáneamente como respuesta natural a la anarquía del período postindependentista y al fracaso de las fórmulas políticas foráneas.

Una más precisa distinción entre estos *tipos* y un explícito juicio de valor aparecen aún más claramente en otro texto. Para Uslar-Pietri, *los dictadores*

... fueron militares o civiles que lograron por ardidés o por la fuerza asaltar el poder y mantenerse en él, *sin ninguna forma de legitimidad posible o alegable*<sup>41</sup>. (El subrayado es mío).

- 
37. Tal es la tesis sostenida por Laureano Vallenilla Lanz, junto a otros positivistas en su ya mencionado *Cesarismo Democrático*.
38. La aplicación de categorías o tipos sociales al estudio de figuras históricas concretas ha sido utilizada metodológicamente por Fernando Díaz Dfáz (*Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Alvarez*, México. El Colegio de México. 1972). En la elaboración de su método socio-histórico, se basa en Max Weber (*Economía y Sociedad*, México. F.C.E. 1974 - 1ª edición en alemán: 1922). Véase también del mismo Weber: "La 'objetividad' cognoscitiva de la ciencia social y la política social". *Ensayos sobre metodología sociológica* (Buenos Aires. Amorrortu Editores. 1973. pp. 39-101). Pienso que el origen de la proposición uslariana al diferenciar drásticamente entre caudillos y dictadores podría rastrearse en las mismas fuentes.
39. Véase la citada entrevista de González Bermejo. Véase también las entrevistas, aparecidas en las revistas *Resumen* (nº 122, del 7 de marzo de 1976 y *Elite* (Caracas. nº2. 882 del 16 de diciembre de 1980).
40. González Bermejo. Entrevista citada. p. 1.
41. "El brujo de Guatemala". (*Fantasmas de dos mundos*, Barcelona. Seix Barral. 1979. p. 21). Apareció originalmente como prólogo a la edición conjunta de *Tres obras: El señor Presidente, Leyendas de Guatemala y El Alhajaquito*, de M.A. Asturias (Caracas. Biblioteca Ayacucho. 1977).

### Los caudillos, por el contrario

Eran hombres de la tierra, de raíz rural, que representaban a una sociedad tradicional y sus valores y que implantaban, instintivamente, un orden patriarcal animado de un sentido de equidad primitiva y de defensa de la tierra. (...) Representa (n) una especie de consecuencia natural de un medio social y de una situación histórica. *No era (el caudillo) un usurpador del poder, sino que el poder había crecido con él*, dentro de la nación, desde una especie de jefatura natural de campesinos hasta la preeminencia regional ante sus semejantes, a base de mayor astucia, de mayor valor o de mejor tino, para terminar luego teniendo en su persona el carácter primitivo de los jefes de la nación en formación. (42. El subrayado es mío).

Así pues, por más que el autor reclame una imposible neutralidad, *Oficio de difuntos* es —además de una pieza de ficción y precisamente al serlo— un pronunciamiento de carácter ideológico, por demás coherente con los postulados explícitos asumidos por el escritor, que se propone y que logra influir en esa realidad siempre en proceso y siempre en relación con el presente que es el juicio del pasado histórico del país.

Y al decir esto, debemos retornar por un momento a la problemática del referente, que, bien entendida, nos permitirá llegar a la significación de la obra en el presente.

Suele pensarse que el referente de una novela de tema histórico es —simple y directamente— el objeto sensible (un personaje, un acontecimiento, una situación real) del pasado aludido o evocado de una manera más o menos explícita por el texto de ficción. Bajo esta concepción “ingenua” de la referencialidad se pensaría entonces que el referente principal de *Oficio de difuntos* vendría siendo Juan Vicente Gómez, ese recién fallecido dictador que en diciembre de 1935 asombraba con su muerte (después de 26 años en el poder) a una Venezuela que parecía haberle concedido la prebenda de la inmortalidad.

Las elaboraciones teóricas de Umberto Eco<sup>43</sup> y Louis Althusser<sup>44</sup>, lúcida-mente analizadas y puestas en relación por Thomas E. Lewis<sup>45</sup> nos permiten hoy concebir el referente literario no como un objeto real delimitado, invariable, externo y preexistente al texto, con el cual este texto puede ser comparado, sino más bien como una “imagen cultural ideológica” compleja y cambiante. Según

42. Ibid.

43. Véase especialmente el *Tratado de Semiótica General* (Barcelona y México. Edición conjunta de Lumen y Nueva Imagen. 1977).

44. Véase especialmente *La revolución teórica de Marx* (México. Siglo XXI. 1977) y *Para leer el Capital* (México. Siglo XXI. 1969).

45. “Notes towards a theory of the referent” *PMLA* (*Publications of the Modern Language Association of America*). vol. 94, n.º 3. Mayo de 1979. pp. 459-475. Mi versión española de este interesante trabajo será publicado próximamente en la revista *ECO* (Bogotá).

esta concepción, esta imagen es conformada, transformada y deformada por múltiples discursos que al mismo tiempo nos distancian de y nos relacionan con el objeto original de referencialidad, de suyo inaccesible en forma directa.

En el caso de Gómez y *Oficio de difuntos*, estos discursos intermediarios serían, entre otros: la crecida "tradición oral" de chistes, anécdotas, refranes y cuentos surgidos de la experiencia directa y transmitidos a las nuevas generaciones; el corpus documental del gomecismo; el voluminoso conjunto de narraciones e interpretaciones biográficas, históricas y periodísticas; la multitud de fotografías, grabados, caricaturas, retratos e imágenes cinematográficas y audiovisuales en general; y, finalmente, el numeroso grupo de obras literarias (loas y denuncias en verso, panfletos, humorismo, cuento, novela, teatro, testimonio, reportajes literarios, memorias, etc.) centradas temáticamente en el dictador andino.

El referente de una novela como *Oficio de difuntos* viene a ser entonces la "formación" cultural (imagen colectiva) resultante de ese abigarrado tejido de discursos. En el proceso de producción del texto novelesco esta "formación" viene a operar como "materia prima" (stuff) a ser elaborado por el novelista. Ya producido, este texto se convierte a su vez en una nueva interpretación, en una nueva elaboración que altera o remoldea una vez más esa "imagen cultural-ideológica" siempre inacabada, siempre en formación, del personaje histórico.

Es en esta forma que el discurso novelesco se inserta en el presente nuestro. Aunque aluda a una realidad del pasado, significa de hecho una nueva lectura de ese pasado que nos habla sobre el presente. El mismo Usler-Pietri se refiere a este hecho en su ensayo "La historia en la novela", al decir que

El campo de la novela es el tiempo, pero no la época sino la acción del pasado en el presente (. . .) Toda novela que se proponga dar un testimonio de lo humano es coetánea inseparable del tiempo en que se escribe y de su circunstancia, aunque trate de sucesos que ocurrieron muchos siglos antes. En este sentido la *Salomé* de Wilde nos informa mucho más y más fiablemente de la hora estética de los simbolistas que del mundo de Herodes<sup>46</sup>.

No puede por tanto tomarse como casual o indiferente el que *Oficio de difuntos* se publique en diciembre de 1976. Su aparición no sólo debe vincularse a esa especie de "micro-boom" de la narrativa de tema dictatorial en el continente<sup>47</sup>. También, y tal vez preeminentemente, debe inscribirse en el contexto literario, político e ideológico venezolano de los años setenta.

46. "Fantasmas de dos mundos", pp. 61. y 63.

47. Me refiero especialmente a la casi coincidente publicación, entre 1974 y 1975 de *El recurso del método*, de Carpentier, *Yo el Supremo*, de Roa Bastos y *El otoño del patriarca*, de García Márquez, tres obras habitualmente consideradas por la crítica como trilogía del poder y que de hecho constituyen el núcleo de un movimiento de renovada atención por parte de los narradores hispanoamericanos hacia la tradición temática de la dictadura.

## 5.

Cuarenta años después de la muerte del “Benemérito” dictador, se produce un movimiento de renovada atención hacia la significación de su figura y de su régimen. Durante la década pasada y aún en forma creciente en lo que va de la actual, el tema del gomecismo ha estado continuamente sobre el tapete de la actualidad venezolana<sup>48</sup>.

Aunque la figura del dictador andino y su época representaron siempre un material atractivo para los narradores venezolanos<sup>49</sup>, es durante el período mencionado cuando se produce una mayor cantidad de novelas, biografías noveladas y relatos de otros tipos que lo eligen como centro referencial. Habría que citar entre estas obras: *Bajo la tiranía* (1970), de Cecilia Pimentel<sup>50</sup>; *Tiempo de compadres* (1972), de Francisco Salazar Martínez<sup>51</sup>; *De la Rotunda a la Calle Larga* (1974), de Vicente Ibarra<sup>52</sup>; *Gómez, el amo de poder* (1975) y *Junto al lecho del caudillo* (1981), de Domingo Alberto Rangel<sup>53</sup>; *En la casa del pez que escupe el agua* (1975), de Francisco Herrera Luque<sup>54</sup>; *El brujo de la Muleta* (1976), de Ramón Davil León<sup>55</sup>; *El gran capagatos* (1979), del colombiano Mario H. Perico Ramírez<sup>56</sup>; *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez* (1979), de Ramón J. Velásquez<sup>57</sup> y *El misterio de Miraflores: ¿Quién mató a Juancho Gómez?* (1980), de Pablo Sulbarán<sup>58</sup>.

---

48. Véase al respecto mi trabajo “Supergómez ataca de nuevo” sobre la presencia de Juan Vicente Gómez en la actualidad venezolana” *SIC* (Caracas) setiembre -octubre de 1981.

49. Además de la ya mencionada obra de Ramón David León (nota 35), pueden citarse, entre otras: *Judas Capitolino* (1912), *La máscara heroica* (1915), *La mitra en la mano* (1927) y *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona; *Odisea de tierra firme* (1931), de Mariano Picón Salas; *Mi compadre* (1934), de Fernando González; *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1936), de José Rafael Pocater; *Fiebre* (1936), de Miguel Otero Silva; *La carretera* (1937), de Nelson Himiob; *Puros hombres* (1938) y *Todos iban desorientados* (1941), de Antonio Arraiz; *En la prisión* (1952), de Pedro N. Pereira; *A la media noche en la Plaza del Panteón* (1960), de Alejandro García Maldonado; *Domingo de Resurrección* (1966), de Domingo Alberto Rangel; y *Los Andinos* (1968), de Ciro Sánchez Pacheco.

50. Caracas, Tipografía “La Bodoniana”. 1970.

51. Caracas, Librería Piñango. 1972.

52. Caracas, Editorial Fuentes. 1974.

53. Valencia, Vadell Hermanos. 1975 y 1981, respectivamente.

54. Barcelona, Pomaire. 1978. (1ª ed. 1975).

55. Caracas, Editorial Fondo Común. 1976.

56. Bogotá, Cosmos. 1979.

57. Caracas, Centauro. 1979.

58. Caracas, Publicaciones Seleven. 1980.

Paralelamente a este auge literario, se produce también la reedición de varias obras sobre Gómez y el gomecismo<sup>59</sup> y se observa un creciente interés en el tema por parte de historiadores y politólogos<sup>60</sup>.

Este *boom* bibliográfico viene aparejado a la utilización (y explotación) del personaje y su época por parte de virtualmente todos los medios de comunicación masiva.

Gómez se hace así presente en el cine y el teatro<sup>61</sup>, en la televisión<sup>62</sup>, en la plástica<sup>63</sup>, así como en las revistas de circulación masiva, donde comparte los

59. Entre estas pueden mencionarse las reediciones de *Fiebre*, corregida y suplementada por el autor (Caracas. Tiempo nuevo. 1971); *Memorias de un venezolano de la decadencia* (Caracas. Monte Avila. 1979); *Mi compadre* (Caracas. Ateneo de Caracas. 1980); *Juan Vicente Gómez, un fenómeno telúrico*, de José Pareja y Paz-Soldan peruano, publicado por primera vez en 1951 (Caracas. Centauro. 1973); *Gómez, patriarca del crimen*, del salvadoreño Carlos M. Flores, publicada por primera vez en 1933 (Caracas. Ateneo de Caracas. 1980) y *En las huellas de la pezuña*, panfleto de Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, prologado por José Rafael Pocatererra y publicado en el exilio en 1929 (En: Arturo Sosa y Eloy Legrand: *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*, Caracas. Centauro. 1981. pp. 303-454).
60. Entre otros trabajos recientes, podrían citarse: *Gómez y las fuerzas vivas*, de Luis Cordero Velásquez (Caracas. Lumego. 1971); *La filosofía política del gomecismo*, de Arturo Sosa A. (Barquisimeto. Centro Gumilla. 1974); *El cachorro Juan Vicente Gómez*, de Rafael Gallegos Ortiz (Caracas. Fuentes. 1976); *Positivismo y Gomecismo*, de Elías Pino Iturrieta (Caracas. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela. 1978). *Los años de la ira*, de Mario Torrealba Lossi (Caracas. Ateneo de Caracas. 1978). *El gomecismo y la formación del ejército venezolano*, de Angel Ziemis (Caracas. Ateneo de Caracas. 1978); *La sublevación militar del 7 de abril de 1929*, de Rafael Ramón Castellanos (Caracas. Italgráfica. 1978); y *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*, de A. Sosa y E. Legrand, citado en la nota anterior.
61. La cinta documental "Gómez y su época" (1975), de Manuel de Pedro, fue una de las manifestaciones más notorias del interés hacia la figura del dictador. La novela *Fiebre*, además de reeditada, es llevada tanto al cine (Juan Santana, 1976), como al teatro (grupo Rajatabla, 1976).
62. Durante los meses finales de 1980, Gómez invadió la pantalla chica. El guión del conocido dramaturgo José Ignacio Cabrujas y la excelente actuación en el primer papel de Rafael Briceño se aunaron para lograr una exitosa serie de tipo narrativo. Su título: *GOMEZ*, simplemente, parece un reconocimiento a la autosuficiencia explicativa que estas dos sílabas habían adquirido para ese momento entre el público venezolano. Mostrando al personaje tan odiado y tan temido en forma directa y sin escamoteos, la producción se arriesga continuamente a aproximarse demasiado a la imagen del abuelo simpático y gracioso, imitado jocosamente por la teleaudiencia, hecho que iría en contra de su pretendido propósito pedagógico antidictatorial. El éxito de la serie (centrada referencialmente en los hechos que rodearon el asesinato de Juancho Gómez, Gobernador de Caracas y hermano del dictador, en 1923), condujo a la realización de una segunda parte, *GOMEZ II*, que salió al aire durante el primer semestre de 1981 y que se refiere a los últimos meses del dictador y la dictadura en 1935. Esta exitosa presencia de Gómez en la TV constituye al tiempo una muestra del gran interés existente hacia el personaje y un factor definitivo en la popularización del debate sobre Gómez y el gomecismo. El mismo equipo prepara un montaje teatral sobre el tema.
63. En cuanto a la actividad plástica, me parecen muy ilustrativos los dibujos y pinturas de Nelson Moctezuma, recientemente exhibidos en galerías caraqueñas (una de las mues-

honores de la portada con los políticos y las vedettes<sup>64</sup> y en la prensa diaria, donde pueden encontrarse las posiciones más extremas en torno a su significación<sup>65</sup>.

Todas estas múltiples manifestaciones implican por supuesto una interpretación y una implícita o explícita evaluación sobre el hombre y su obra que otorga a este “fenómeno Gómez” un carácter de juicio popular abierto. Del ámbito más reducido de las investigaciones académicas, pasa —a través de la literatura y sobre todo de los medios de comunicación masiva— a ser el objeto del comentario y la discusión popular. Parece claro hoy que el personaje y su época ejercen una poderosa apelación sobre el público venezolano y es necesario tener presente la influencia que puede tener el valor comercial del tema y el personaje en su deformación y conversión en objeto de consumo masivo.

Parece necesario, por tanto, ya que *Oficio de difuntos* se inscribe obviamente en esta órbita del “fenómeno Gómez”, preguntarse por las razones que lo han provocado.

Dos aspectos generales surgen en primer lugar. El primero se refiere al carácter “novelesco” de la vida de Gómez, su singularidad y su riqueza anecdótica que la convierten en “materia prima” privilegiada para obras narrativas de diversos géneros y en diversos medios.

El segundo se refiere a la importancia histórica fundamental del gomecismo, período en el que se realiza la transición de la Venezuela rural, de economía agrícola, de 1908, dominada por el caudillismo desaforado y compuesta por regiones aisladas y el país de 1935, caracterizado por una economía petrolera

---

tras llevaba como título: “Gómez vivito y coleando”) y que han servido como ilustración a varios artículos en la prensa. A medio camino entre la caricatura y el retrato, el artista nos entrega una cabeza pícaro, sonriente o meditabunda del dictador andino, pero injertada en el cuerpo desafiante de Superman, de un saltarín prestidigitador o de un ídolo popular del tipo Elvis Presley. Con una gran dosis de humorismo e ironía. Moctezuma muestra así la sobrevivencia, popularidad y potencia del mito Gómez.

64. Véase, por ejemplo, el n° 1.223 de la revista *MOMENTO* (Caracas, 1ª de junio de 1981), que llena su inmensa portada con la clásica foto sepia de Gómez en su poltrona y titula en grandes tipos: “Nos acecha el fantasma de Gómez”. En las páginas interiores sólo aparecen 7 minientrevistas a otros tantos políticos que no llegan a ocupar la media página. Este procedimiento sensacionalista, repetido en otras publicaciones nacionales, muestra al tiempo la explotación comercial que se está haciendo de la figura de Gómez y el reconocimiento de una supuesta expectativa popular (temor o ansiedad) hacia un gobierno fuerte, firme y autoritario. Véase también *Bohemia*, n°951. Caracas, 20 de Julio de 1981.
65. Para confrontar dos posiciones extremas, véanse —entre una multitud de otros textos—: Jean Nouel; “Los tiempos de Gómez”: *Suplemento Cultural de Últimas Noticias* (Caracas), n° 668 4 de enero de 1980, pp. 15 y 16; y Carlos Rangel: “Gómez: anverso y reverso de un mito”. *El Universal*, 27 de octubre de 1980. 4º Cuerpo p. 1. Como un análisis periodístico del fenómeno de atención hacia el tirano en los últimos años o “la moda Gómez”, véase: Roberto Hernández Montoya: “Hasta cuándo Gómez” *El Nacional*. Cuerpo E. p. 4 12 de octubre de 1980.

emergente, mejor comunicado y enfrentado como conjunto nacional a alternativas políticas modernas. El hecho de que Gómez haya estado a la cabeza del gobierno durante este período de transición no implica necesariamente un argumento a su favor. Las razones de este cambio fueron en gran medida ajenas a su arbitrio y más bien podría acusarse a su régimen de haber sido una rémora para el acceso definitivo del país a la contemporaneidad. Sin embargo, parece natural —aunque no sea legítimo— que se le identifique con el desarrollo del país durante los veintiseis años de su mandato.

Estas hipótesis explicativas tienen un cierto valor, pero no alcanzan a justificar el auge del tema precisamente en la última década. Otras posibles explicaciones podrán tal vez llenar este vacío.

El aumento súbito y vertiginoso de los ingresos fiscales provenientes de la comercialización del petróleo ha sido en gran medida responsable del vuelco que ha dado el país en los últimos veinte años (período que por cierto coincide con la edad de nuestra democracia, después del derrocamiento de Pérez Jiménez). Con este auge económico de los últimos cuatro lustros, el país ha cambiado bruscamente y la vida del venezolano medio se ha visto hondamente afectada. El venezolano de hoy aparece así como un ser confuso, separado violentamente de sus costumbres y tradiciones, desgarrado entre una contemporaneidad que se le impuso de pronto y su pasado cronológicamente cercano del que sin embargo se encuentra culturalmente amputado.

En esta situación resulta comprensible que las últimas generaciones de venezolanos, las que se encuentran más magnetizada por los símbolos de la contemporaneidad (de la tarjeta de crédito al “Betamax”, pasando por el viaje de compras a Miami) sean las que al mismo tiempo y tal vez en forma inconsciente añora la sencillez, la ruralidad, la relación directa con la naturaleza que sabe presente en un pasado no muy lejano, el pasado de sus abuelos.

Son principalmente estos grupos los que, sin una experiencia adulta y directa de un régimen dictatorial, puede abrir los brazos a la figura de Gómez como añorado abuelo mítico del país, un abuelo algo arbitrario e inflexible, pero sano y recto, un patriarca familiar algo severo, pero sabio y bueno que representó esa seguridad (axiológica, pero también ciudadana) perdida y esa relación directa con el mundo natural que sus miembros buscan inútilmente en los numerosos clubes campestres que han proliferado en las afueras de Caracas.

Otro factor que puede contribuir a la explicación del fenómeno es el creciente descontento —palpable en todas las esferas de la vida nacional— del modo como el sistema democrático está siendo aplicado en el país. Los apelativos de “democracia petrolera” o de “democracia saudita”, popularizados en los últimos años, muestran la íntima relación de este aspecto con el anterior. Se trata de una democracia multimillonaria pero ineficiente, que abusa de las promesas y de la retórica electoral y oficial; de una democracia que, día tras día, pierde credibilidad ante la opinión pública del país.

Frente a las contradicciones de esa democracia, muchos intelectuales mantuvieron, durante los años sesenta una actitud crítica que llevó a algunos de ellos hasta la lucha armada. Los años setenta, sin embargo, llegaron con la “pacificación” y la decepción, y la mayoría de ellos se incardinó de una forma u otra en la maquinaria institucional, perdiendo así gran parte de su potencialidad contestataria, quedando domesticados y al servicio del poder estatal<sup>66</sup>.

Esta democracia, muchas de cuyas instituciones y dirigentes exhiben aún algunas de las peores lacras del gomecismo (el peculado y el machismo, el caudillismo —ahora partidista o empresarial— y el compadrazgo)<sup>67</sup>, es terreno abonado para la aceptación de una versión “adecuada” del gomecismo como la que nos ofrecen algunas de las manifestaciones culturales a que nos hemos referido.

Gómez y el gomecismo adquieren así connotación política actualísima. Por que aceptar a Gómez, tratar con sospechosa insistencia de explicarlo o reivindicarlo, significa abrirse a la posibilidad de la vía autoritaria. Esta parece ser la alternativa que algunos sectores más conservadores intentan presentar como exclusiva ante la crisis del país: un gobierno fuerte, un régimen militar autoritario al que se accedería por los canales electorales<sup>68</sup>.

Es todo este conjunto de factores el que puede tal vez explicar el que Gómez haya estado y siga estando presente en la actualidad venezolana. La discusión sobre su figura no tiene un valor puramente académico o anecdótico. Cuan-

66. El recientemente formado grupo *TRAFICO*, poetas jóvenes que se plantean una alternativa diferente ante el aletargado y facilista ambiente cultural, incluye —como una de las propuestas de su manifiesto— el cuestionamiento a la dicotomía realizada por muchos de los intelectuales de la generación que los precedió entre la posición política y la actitud estética.

67. Véase al respecto la introducción de Ramón J. Velásquez a sus *Confidencias imaginarias* de Juan Vicente Gómez, ya citada, pp. 26-29. “No hay nada más parecido, asienta, en vicios y peligros a los tradicionales gobiernos del desaparecido caudillismo rural venezolano que un régimen democrático (gobierno y partidos) que guarde silencio encubridor y absuelva en familia las faltas y pecados de quienes se amparan en su sombra poderosa.” p. 28.

68. Actualmente, la prensa venezolana es el escenario de una polémica sobre la viabilidad jurídica y política de un “partido de los militares”. Este nuevo frente político estaría integrado por los militares en situación de retiro y respaldado por los partidarios de un gobierno de mano dura. Si bien de acuerdo a la ley venezolana los integrantes de las Fuerzas Armadas deben inhibirse de la acción política, cuando son pasados a retiro, recuperan sus derechos a este respecto. Un candidato militar a la presidencia de la república, según esta óptica, estaría apoyado por el prestigio de su carrera en las Fuerzas Armadas, prestigio que asocia —automática y hasta exclusivamente— al oficial de alta jerarquía con virtudes y valores atribuidos a la institución militar, como disciplina, honestidad moral y administrativa, autoridad y don de mando, excelente preparación académica, respeto por el orden y garantía de la seguridad. Los venezolanos tenemos razones para echar de menos todas estas virtudes y valores después de la reciente experiencia democrática. Ahora bien, sin cuestionar o negar los derechos políticos de los militares retirados, pienso que es riesgoso aceptar la explotación de cualidades atribuidas a la institución armada en el lanzamiento de una propuesta política de corte autoritario.

do —en cualquiera de las claves mencionadas más arriba— se evalúa las posiciones políticas del gomecismo, cuando se intenta condenar, explicar, justificar o reevaluar la figura del dictador andino, se está aludiendo directamente al presente venezolano. Y se está proponiendo también, en muchos casos, un proyecto político para nuestro futuro.

## 6.

Es en este contexto en el que debe insertarse la propuesta estético-ideológica de Uslar: como un intento de reivindicación de Peláez/Gómez (es decir, de un modelo de gobierno autoritario) que viene a salir al paso de las condenas absolutas y de las posiciones críticas y cuestionadoras de tales regímenes históricos o previsibles.

Paralelamente, el libro de Uslar-Pietri arroja una versión disminuida y aparentemente irredimible del intelectual. Representa una especie de voto de sumisión del hombre del saber y la palabra a partir del presupuesto de que —hoy como ayer— la actividad del intelectual no puede a fin de cuentas ser crítica sino instrumental, que sólo adquiere sentido y significación a través de una referencia sumisa al poder del estado.

Al igual que sucedió con algunos intelectuales positivistas, la fundamentación teórica del gobierno autoritario aparece en este caso como una justificación personal del intelectual y de sus posiciones políticas. Muy probablemente en la voluntad del novelista estaba el establecer una relación equilibrada y objetiva de este fenómeno político fundamental para el país. Sin embargo, a semejanza de Solana con relación a Peláez, el intelectual Uslar-Pietri parece haber sucumbido ante el magnetismo de la omnipotencia del “Brujo de La Mulera”.

Paradójicamente, el ensayista y narrador caraqueño termina haciendo en su novela de 1976 lo que casi treinta años antes criticaba a la segunda generación positivista venezolana (principalmente a José Gil Fortoul, Pedro Manuel Araya y Laureano Vallenilla Lanz), empeñada en formular una justificación del gomezato. Hoy podría aplicarse a sí mismo sus palabras de entonces:

Con un esfuerzo de objetividad científica, se esforzarán en aplicar el instrumental de su positivismo y de su determinismo a la explicación del fenómeno histórico y a buscar en el pasado social las raíces del fenómeno caudillista. *De la explicación a la aceptación no hay sino un paso.*<sup>69</sup> (El subrayado es mío).

Caracas, junio de 1981.

---

69. “El despertar positivista”. en *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas y Madrid, Edición conjunta de Editorial Mediterráneo y EDIME. 1978 (1ª edición: 1948) p. 241.